



## CAPÍTULO XXV

## Toscana.

Por fortuna suya poco tenemos que decir de la Toscana, la cual, ménos infeliz que los demas países, cubria con un póstumo esplendor su decadencia. Cosme I, despues de destruida la república, trató de fortalecer la autoridad con actos humanos unos, y feroces otros: continuó traficando en grande, é interesándose en las empresas de los principales negociantes extranjeros: los Fugger de Augsburgo le suministraban el cobre de Hungría; de Levante llevaba granos, aceite y vino; abrió el puerto de Liorna; extraía metales, y tuvo ocupados á muchos operarios de Alemania, en Pietra-Santa para explotar las minas de plata. De este modo se enriquecían él y su mujer, y á su muerte dejó seis millones y medio de ducados en caja, compró el palacio de Pitti para morada de sus sucesores; edificó el de los Oficios, y las tiendas de los Mercados nuevo y viejo; cuadruplicó los ingresos, haciéndolos subir á 100.000 ducados, y pagó las deudas públicas. Contaba la provincia de Florencia setecientos mil habitantes y cien mil la de Sena; tenía treinta y seis mil hombres sobre las armas; doce galeras sujetaban algun tanto á los berberiscos, contra los cuales, y con el fin de acallar con honores á los que pedían libertad, instituyó la Orden de San Estéban, que mantenía cuatro galeras. Re-

formó las universidades de Florencia y Pisa; á la academia Platónica, fundada por Cosme, padre de la patria, substituyó la Florentina, en la cual entraron Carnesecchi, Domenichi, Giambullari, Segni y Benedetto Varchi, llamado desde su destierro. Cinco miembros de esta academia, Antonio Francisco Grazzini, Bernardo Canigiani, Juan Bautista Dati, Bernardo Zanchini, Sebastian de Rosi y Leonardo Salviati, fundaron en 1582 la academia de la Crusca, que cuarenta años despues publicó el *Vocabulario*, primer modelo de esta clase de trabajos y respetado aún, á pesar de las iras municipales y de la imprudente pedantería. Hizo robar en Roma el cuerpo de Miguel Angel, para enterrarle en su patria; dió comisiones á Pontormo, Bandinelli Bronzino, Celini y á fray Juan; mandó pintar á Vasari todo el palacio ducal; y queriendo éste retratarle en medio de sus ministros en el acto de tratar de la guerra de Sena, le dijo el duque: «¿Y qué han de hacer los ministros? Pintad el silencio y otras virtudes semejantes, que hacen el efecto del consejo.» Llevó de Sicilia á Pisa los artistas que trabajaban en el coral y en espejos, artes que se perfeccionaron bajo el dominio de su hijo, el cual introdujo la fabricacion de la porcelana, desconocida hasta entonces, y el nuevo y admi-

table arte de los mosaicos en piedras duras.

Pero la vida artificial que daba la protección á las artes, no impedía que éstas pereciesen, y Cosme tuvo ya que hacer trabajar fuera de Toscana los adornos para su boda con Leonor de Toledo. El tráfico se paró; la justicia perdió la imparcialidad; la poblacion se disminuyó; los ciudadanos, ambicionando títulos, sustraían los capitales del comercio para gastarlos en tierras; los mejores ocultaban el genio republicano con ineptias literarias, y fundaron la academia del Llano, y por Llano entendían la república, y en ella recitaban arengas alegóricas.

Cosme admiraba á Felipe II, y daba oídos á Pedro de Toledo y al duque de Alba, sanguinarios despreciadores de la humanidad, y combinó una red de intrigas y de violencias, como convenía á aquel tiempo. Para dominar en un país de tantos recuerdos, en que cualquier medio parecia bueno, y en que los Piagnoni no habían perdido aún su poderosa influencia, promulgó leyes de extraordinario rigor contra los delitos políticos, comprendiendo en la confiscacion, no sólo la herencia de los hijos, sino las enfiteusis y los fideicomisos, sin consideracion á los derechos de tercero; multiplicó los esbirros, las prisiones, las relegaciones y la vigilancia: veintinueve edictos publicados desde el año 1537 al 69 contra los *Rebeldes* (así llamaba á los que se conservaban fieles á aquella república, contra la cual se había él rebelado) respiran una ferocidad draconiana, y castigan con el destierro perpétuo aun á los hijos de los culpados; el que habiendo tumulto saliera de su casa, podía ser muerto impunemente; en 1540, cuatrocientos treinta florentinos fueron condenados á muerte por delito de contumacia; y siendo él príncipe, fueron decapitadas ciento cuarenta y seis personas, entre ellas seis mujeres, sin aquellos á quienes desde lejos se enviaban asesinos ó veneno. Para conocer los progresos de la Reforma hacia numerar las hostias de la comunión y contar la gente en la iglesia, teniendo espías por todas partes, aunque los inquisidores no pudiesen juzgar sino asistidos por diputados seculares.

No es, pues, de admirar que fuese vitupe-

rado por los suyos, á pesar de sus buenas cualidades. Felipe II, que temía á todos, le estimaba. Pío IV le quería, porque había favorecido su exaltacion y aceptado completamente el concilio de Trento, por lo cual le ofreció el título de rey; él le rehusó; pero cuando se trató de dar una hija al emperador Fernando, el papa le permitió nombrarle archiduque; la casa de Austria no quería que pasase á otro este título, por lo cual se inventó el de «gran duque y alteza serenísima», y fué coronado en Roma, sentándose á la derecha del papa, á pesar de las protestas de los austriacos.

De los cinco hijos que tuvo Cosme de Leonor de Toledo, la epidemia arrebató en un momento á dos y á su madre. La malevolencia hizo decir, y probablemente inventó, que D. García, en una disputa, mató á su hermano Juan, cardenal, y que su padre, enfurecido, dió muerte al asesino, muriendo Leonor de pesar. Añádase también que Cosme había dado por esposa á su hijo una mujer á quien él tenía en cinta, y que amaba más que como padre á su hija Isabel.—Exageraciones de los emigrados.

Su hijo Francisco María, muy inferior á Cosme en talento y prudencia, se sometió á la voluntad del Austria, mientras deshonoraba su vida con la disolucion. Estuvo enamorado de Blanca Capello, jóven veneciana, robada por Pedro Buenaventura, sin que le distrajesen de esta pasión su casamiento con Juana de Austria, cuyos celos aumentaron el escándalo. Blanca, además de sus atractivos, empleaba para seducirle filtros y encantos que le suministraba una judía, y fingió un parto para tener más sujeto á su amante, dando muerte á las mujeres que la proporcionaron el supuesto hijo y que participaron del secreto. Por fin, fué asesinado su marido, murió también la duquesa, y Francisco se casó con aquella aventurera. Blanca fué festejada con torpes alegrías, y adoptada por la república veneciana, y de concierto con su hermano Víctor, gobernó á su voluntad el ánimo del débil duque. Los cortesanos imitaron á su señor: su hermano Pedro dió muerte á su mujer por infidelidades que él había provocado con su ejemplo; su hermana Isabel fué estrangulada pocos días despues en



un abrazo conyugal por su marido, Pedro Jordan Orsini. Este se enamoró despues de Victoria Accorambuona, casada con un tal Peretti, sobrino de Sixto V, le dió muerte, se casó con ella, y huyó por el lago de Garda; pero pronto murió, y otro Orsini degolló á Victoria y á sus cuñados.

El gran duque Francisco murió en 1587, y pocos dias despues Blanca, sin que haya nada que justifique las invenciones de los novelistas que han dejado volar su imaginacion sobre los hechos de aquella córte.

Le sucedió su hermano el cardenal Fernando, que sacó inmensos tesoros del tráfico de diamantes y de dos bancos establecidos en Venecia y en Roma. Fernando conservó la costumbre de la familia; ganó bastante llevando granos de Inglaterra y del Norte en tiempo de carestía: cuatro naves suyas con pasaporte inglés y holandés, traian continuamente á España mercancías suyas ó de comerciantes extranjeros; hizo muchísimo contrabando en América, y pirateó contra España. Con esto adquirió gran influencia fuera de su patria; suministró dinero al emperador contra los turcos, tropas al príncipe de Transilvania, y se aconsejó al papa que absolviera á Enrique IV, á quien enviaba secretamente dinero, estimulado por el odio á España. Con este motivo el conde de Olivares, embajador español en Roma, indujo á Alfonso Piccolomini, jefe de bandidos, á invadir la Toscana; pero Fernando le derrotó é hizo prisionero, ahorcándole á pesar de las reclamaciones.

Fomentó mucho este príncipe el cultivo de las moreras; y se dice, que la Toscana producía al reino en sedas vastas, 300.000 escudos anuales, y que se fabricaba en Florencia por valor de 3.000.000 de escudos entre telas de seda, de oro, de plata y raso. Era Fernando resuelto y justo; abrió el valle de Chiana, dando así un desagüe á los pantanos; secó los desbordamientos del lago de Fucechio, construyó canales y diques en la marisma de Sena, desagüó parte del Arno en el canal entre Pisa y Liorna; construyó acueductos en Sena; protegió el litoral contra los piratas con las naves de la Orden de San Estéban, las cuales en la memorable empresa guiada por Jacobo Inghi-

rami contra Bona se apoderaron de once banderas, mil quinientos esclavos y muchísimas armas. En el Adriático consiguió Médicis otra victoria contra los turcos; y con los «metales cogidos al fiero Tracio.» Juan Bolonia fundió su estatua para la plaza de la Nunziata.

Protegió las ciencias naturales y matemáticas; fundó el museo de historia natural de Pisa, y dió nueva vida á la universidad de Sena. Ya siendo cardenal, habia abierto en Roma la imprenta de la Propaganda, y comprado la Venus, el Afilador, el Hermafrodita, los Luchadores y la familia de Niobe para adornar la quinta que erigió á orillas del Pincio. Tenía en su córte á los principales cantantes; Emilio Cavalieri unió la representacion teatral á la música, interponiendo arias en el diálogo; despues se creyó que los antiguos acompañaban el recitado con la música, y Julio Caccini, de Roma, maestro de capilla, la compuso arias, y Jácome Peri inventó armonías para el recitado; *Da fne* de Octavio Rinuccini se representó en 1594, despues la *Euridice* del mismo, cuando María de Médicis se casó con Enrique IV en 1600, y por último, la *Ariadna* en 1608. Fernando dejó á su muerte 10.000.000 de ducados y 2.000.000 en piedras finas.

Su hijo Cosme II, débil de salud y de carácter, áun en medio de los dolores que le causaba la gota, no quería que se interrumpiesen las fiestas, banquetes y juegos, y se dedicaba á poner paz y conciliar matrimonios entre los príncipes de Europa. Trataba todos sus negocios con su mujer, su madre y con Pichena, ministro que habia sido de su padre. Restringió el derecho que daba á las mujeres en las herencias la antigua costumbre republicana.

Fernando habia estado en inteligencia con todos los bajáes que se habian revelado contra la Puerta y con Shah-Abbas de Persia. Cosme mantuvo buenas relaciones con Fakr-Eddyn, emir del Líbano, el cual, atemorizado, huyó á Liorna y se ofreció á auxiliar á los cristianos en la conquista de la Tierra Santa; pero no se hizo mas que restituírle al Líbano, á donde llevó muchos operarios de Toscana. Entonces el gran duque ideó una liga que debía abrazar á toda la cristiandad contra los-turcos; y aun-



que nadie le hizo caso, él reformó la marina, que traía á Liorna ricas presas por medio de los caballeros de San Estéban.

El testamento de Cosme es un monumento más bien de amor público que de prudencia. Nombraba para la regencia del Estado á su mujer y á su madre, prohibiéndoles que dejasen residir á los embajadores en Florencia, especialmente á los del emperador y los de los reyes de España y Francia, como tampoco á ningún príncipe extranjero, ni á nadie que fuese extraño al servicio; disponia tambien que fuesen franciscanos todos los confesores, y que no se tocara al tesoro para empréstitos ó empresas comerciales. Los regentes de Fernando II inutilizaron las buenas intenciones de Cosme, rodeándose de lujo, intrigas y frailes, suscitando cuestiones teológicas, y prodigando títulos de duque y marqués á las personas del real servicio; y en vez de ahorrar 30.000 escudos al año, como hacia Cosme, llenaron de deudas el erario mientras empeoraban cada vez más la situacion con el tráfico de granos de las campiñas de Sena. Rodeóse la corte de un fausto inusitado con enanos y bufones; se extendió el derecho de caza, reservado antiguamente, concediéndosele tambien á los nobles; de modo, que siguiendo el ejemplo de los príncipes, se cambiaron las costumbres. A la disolucion oculta, se unia la manifiesta ferocidad; en todas partes habia asesinos, y las inmunidades, y los asilos impedían á la justicia seguir su curso. Entre tanto el comercio se alejaba de la laboriosidad de los ingleses y holandeses; el Monte de Piedad, que socorria á los huérfanos y viudas por un interés moderado, principió á prestar á la necesitada España, recibiendo de ésta en cambio mercancías, originándose de aquí un nuevo tráfico, y concentrando los capitales; monopolio que arruinó todos los demas ramos del comercio. Sobrevino el hambre y despues la peste en 1630, que cortó para siempre el comercio manufacturero: el erario exhausto acudió al monte contrayendo con él un débito de 800.000 ducados, que sin embargo, no pudo dar vida al comercio.

Fernando, cuando subió al trono, trató de reparar el desarreglo causado por la regencia, é

introducir buen gusto en el lujo, y urbanidad en las costumbres. Era este príncipe un hombre excelente, muy respetuoso con sus hermanos y parientes, y en medio de la peste anduvo socorriendo por sí mismo á los enfermos; el gran Galileo, á cuya cabecera estuvo al tiempo de su muerte, le enseñó á proteger á los doctos; insinuaba á los nobles el gusto de las artes; asistia á las sesiones de la academia del Cimento; hizo ofrecimientos á Juan Bautista Bulinger, á Tomás Dempster, á Nicolás Stenon y á otros; habiendo visto una vez en el teatro á Chiabrera, le llamó y le tuvo á su lado durante toda la representacion. Torricelli, Viviani, Bellini, Redi, Magalotti, honraron las universidades de Pisa, Florencia y Sena; se fundaron várias academias; se renovó la de los inmóviles, que fué la primera que se propuso divertir al público fundando un teatro en el camino de la Pergola. Entónces se sanearon los pantanos, se recogieron las aguas termales, se extendió la cria de los gusanos de seda y el cultivo de algunas plantas medicinales, y adquirieron fama los frutos de Toscana; se comisionó á hombres de mérito para que recorriesen la Europa, recogiendo noticias y objetos raros, con los cuales se fundaron el gabinete de física y el museo; las casas de animales vivos en Boboli favorecieron el estudio de la historia natural, lo mismo que los fósiles, y especialmente los testáceos reunidos en el museo; cuya coleccion aumentaba el príncipe cambiando los regalos por las esencias y las medicinas de su laboratorio.

Liorna era un pueblecillo, apenas mencionado en los buenos tiempos de Pisa, pero cuya importancia no tardaron en conocer los florentinos. El duque Alejandro construyó en ella fortificaciones, y despues la mejoró mucho Cosme I, enriqueciéndola con el muelle y un nuevo canal; y ya en ella se preparaban las galeras para los caballeros de San Estéban. Francisco María, en 1577, puso los cimientos de las nuevas murallas segun los planos de Buontalenti, construyendo además hermosas puertas y puentes de piedra, oportunas fortificaciones y toda clase de edificios además del lazareto; por lo cual Francisco la llamaba *mi dama*. Aseguraba



las personas y bienes de los que fuesen á establecerse en la ciudad como hacian muchos corsarios despues de haberse enriquecido; de modo, que llegó á ser un verdadero asilo, adonde se refugiaron los judíos, cristianos nuevos de España, católicos que huían de Inglaterra, corsos descontentos de los genoveses, y muchísimos provenzales.

En tiempo de Fernando II, establecidas ya las franquicias del puerto en medio de la guerra universal, se refugiaban allí todas las naves, aunque fuesen enemigas. Fernando trató de establecer una sociedad mercantil con los negociantes de Lisboa, en que los toscanos hubieran dado 4.000.000 de ducados de oro, de cuya cantidad respondería el magistrado de los jefes del partido güelfo; pero despues, considerando ó excesiva ó escasa su marina, vendió todas las naves á la Francia, y Toscana cesó de ser potencia marítima.

En la guerra de Castro, Fernando se declaró en favor de Venecia y Módena contra las pretensiones pontificias, y llenó la Toscana de los malhechores y asesinos de toda Italia, que fueron llamados para reforzar el ejército, entre los cuales sobresalió la partida del famoso fray Pablo (Tiberio Squilleti), napolitano. Pontremoli, que era antiguamente un feudo imperial de los fieschi, confiscado despues por el duque de Milan, fué cedido por España al gran duque en cambio de 500.000 escudos, á pesar de los lamentos de los pueblos que se quejaban de ser vendidos: sólo la Lunigiana quedó exenta hasta 1815.

Fernando vivió siempre en discordia con su mujer Victoria de Urbino; sin embargo, la dejó que educase á Cosme, á quien ella crió entre frailes ignorantes que le desviaron de las letras y ciencias profanas, dirigiendo su espíritu sólo á la teología; por lo cual, habiendo sucedido á su padre, siguió por espacio de cincuenta y tres años una conducta muy diversa de la de aquél: viajó, no para aprender, sino para manifestar su fausto, y sólo consiguió el desprecio de su país.

Margarita Luisa de Orleans, su esposa, no su amante, y tan viva como grave y devoto era él, le despreciaba lo mismo que al país, á los

Médicis y á Rovere: habiéndose enamorado de otro, huía de ser madre, y trataba de evitarlo siempre que tenía sospechas de estar en cinta; puso en conmocion á la corte hasta que Fernando la dió permiso para volver á Francia, hallando allí y dejando en Florencia gente dispuesta á condenar al duque, á quien su odio no impedía el tener celos. Puesto, pues, en ridículo por ésta y odiado por su tiranía, se hizo malo, cruel y disimulado: la corte se convirtió en una mezcla de fausto excesivo y de ejercicios piadosos, procesiones, ofrendas á santuarios lejanos y conversiones de herejes. Habiendo ido al jubileo á Roma para poder tocar las santas reliquias, privilegio de los canónigos, se hizo conferir esta dignidad, y las presentó al pueblo en traje canonical. Yendo otra vez en cumplimiento de un voto á visitar el sepulcro de San Carlos en Milan, fué recibido espléndidamente por los príncipes, y Ranucio II de Parma construyó el teatro Farnesio, donde se representaron las alegorías imaginadas por Pozzi, obispo de San Donino, y donde se dieron espectáculos magníficos más importantes que la historia del país.

Habiase concedido á los grandes duques el primer grado despues de la república de Venecia, es decir, el primer lugar entre todas las repúblicas y ducados; pero cuando el duque de Saboya obtuvo la dignidad real, Cosme reclamó y gastó tanto, que el emperador le concedió el mismo título, tomando el de *alteza real*. Cosme regalaba profusamente á todos los forasteros, á sus ministros, y especialmente á los jesuitas de las misiones; así es, que varias veces se vió sin poder pagar al ejército y á los empleados, agravando cada vez más á sus súbditos. Difundía espías para conocer las costumbres; si llegaba á su noticia que eran enemigas dos familias, concertaba entre ambas un matrimonio que multiplicaba el número de los desgraciados: ¿qué más? Prohibió á los jóvenes frecuentar las casas en que hubiera jóvenes casaderas.

Su hijo Fernando, discípulo de Redi, de Viviani y del cardenal Noris, se hizo por sus vicios incapaz de amar á su mujer, y murió á los cincuenta y tres años. El cardenal Francis-



co María, hermano de Cosme, fué secularizado; pero su esposa Eleonora de Gonzaga no consintió nunca en acercarse á aquel viejo disipado, que echando de ménos los pasados placeres, murió el año 1711. Sólo vivía ya Juan Gaston, hijo segundo de Cosme; pero su mujer, duquesa de Lauenburgo, grosera, poco querida y que aborrecía la Italia, no quiso salir nunca de su Bohemia.

Desesperó, pues, el duque de tener herederos; y considerándose sólo como usufructuario del país, descuidó su gloria y su bienestar. Era muy difícil verle, y estaba abandonado á los caprichos de un cortesano: al principio hizo algunas economías; pero despues gastó profusamente en joyas, manufacturas, obras artísticas y en jóvenes libertinos; y por último, sólo reunió tres veces en catorce años de reinado el consejo de Estado. El pueblo estaba agobiado por los siempre crecientes impuestos, que hicieron más insoportables los frios del año 1709. Cosme, queriendo prevenir las desgracias que seguirían á su muerte, pensó en volver su es-

plendor á la república, restituyendo á Florencia la libertad que le pertenecía de derecho al concluir la familia á quien, justa ó injustamente, habian sido dados aquellos países por el diploma de 1530. Mas no pudiendo conseguir que aceptasen esto las demas potencias, trató de trasmitirlos á la electora palatina Ana, su hija; pero Carlos VI declaró que la Toscana era un feudo imperial, que recaería en él cuando vacase la corona, y envió tropas para sostener sus pretensiones, á pesar de que España, Inglaterra y demas potencias marítimas se decidieron por la independencia de este hermoso país. Entonces Gaston propuso unirlos á Módena, donde gobernaba una Médicis, descendiente de Cosme I, y el emperador no se mostraba ajeno á este proyecto: pero sobrevinieron guerras que trastornaron estos planes.

De este modo los destinos de las potencias italianas eran combatidos por los caprichos, las ambiciones y las pretensiones de herencia, y todo este oprobio se llamaba paz.